

—Es una tortuga franca, llamada también *Midas*, que frecuenta las costas occidentales del Atlántico, encontrándose con frecuencia en la Madera y en las islas Canarias. Por lo regular tiene 150 á 160 centímetros de longitud, y pesa cerca de nueve arrobas. Su concha ofrece manchas de color de castaña, estriadas longitudinalmente por manchas más claras. Su plastron, ó concha inferior, es de un amarillo verdoso. Estos animales crecen á veces extraordinariamente, y el célebre naturalista romano Plinio, asegura con mucha formalidad que su carapacho sirve de piragua á los habitantes de las islas del Mar Rojo, y que basta una sola para cubrir una casa.

—¡Pero eso es una exageración!—exclamé yo.

—Ni quién lo niegue; mas todo está en el tamaño de la casa que haya de ser cubierta. Pero hay ejemplos históricos de las formidables proporcio-

nes que suele alcanzar este reptil. Dampierre cita un individuo muy grande cuya concha formaba un botecillo. Un niño de nueve á diez años, hijo del capitán Rocky, se embarcó en ella para ir á un cuarto de milla de distancia, donde estaba el buque de su padre. En 1752, el mar arrojó á las playas de Dieppe una tortuga franca que tenía 2 metros de largo y 130 centímetros de ancho. Pesaba cerca de 450 kilogramos, es decir, como 38 arrobas. En 1754, se cogió otra á la altura de la isla de Ré, que tenía poco más ó menos el mismo peso; media 2 metros 60 centímetros desde el hocico hasta la cola. Cuando se le cortó la cabeza, derramó ocho litros de sangre; le sacaron de ella 50 kilogramos de grasa, y dicen que su hígado era tan voluminoso que bastó una vez para la comida de cien personas.

—En efecto, me parece haber leído eso en algún libro, dije á Buffon.